

NARRATIVAS GALLO NERO
90

Hicimos un jardín

MARGERY FISH

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ



Título original:

We made a garden

Primera edición: mayo 2024

© Margery Fish, 1956

Prólogo: © Graham Rice, 2002

First published in the United Kingdom in 1956 by W. H. and L. Collingridge Limited, an imprint of B.T. Batsford Holdings Limited, 43 Great Ormond Street, London WC1N 3HZ

© 2024 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2024 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Chris Christoffersen

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-49-8

Impreso en España

Depósito legal: M-844-2024

Hicimos un jardín

PRÓLOGO

Este libro fue el origen de todo lo que vendría luego para Margery Fish y para muchos jardineros del mundo que se inspiraron en su trabajo. En la década de 1930, cuando la guerra ya se cernía sobre ellos, Margery y su marido Walter se marcharon de Londres y compraron una casa en East Lambrook, Somerset, con la intención de rehabilitarla y hacer un jardín. Este libro es el relato de su aventura.

Durante los primeros años en East Lambrook Manor vivieron a caballo entre Somerset y Londres, pues Walter trabajaba como editor en el *Daily Mail* y Margery había sido asistente de lord Northcliffe, el propietario del periódico. El jardín, por tanto, tenía que ser fácil de cuidar, y ambos creían que debía estar presentable todo el año y en armonía con la casa de piedra. Esas ideas inspiraron tanto la forma de cultivar como la escritura de Margery, y a través de este libro, de otros siete y de sus numerosos artículos para revistas, las difundió entre un público cada vez más amplio.

Margery y Walter tenían caracteres muy distintos. Uno de los temas recurrentes de *Hicimos un jardín* —cuyo título original, y no muy atractivo, era *Cultivar el jardín con Walter*— es la compleja relación horticultora que ambos establecieron desde el principio: Walter prefería las plantas coloridas y llamativas, y emprendió una larga batalla —no siempre con buen humor— contra su mujer para dar protagonismo a sus dalias. Margery odiaba las dalias y estaba más interesada en las primulas, las margaritas dobles, los éléboros y otras variedades menos ostentosas. Sin embargo, la profunda devoción que sentían el uno por el otro trascendió esas diferencias de gustos pese al desprecio —a veces

inconsciente— de Walter hacia las flores favoritas de Margery, sobre las que escribe en estas páginas con tanto amor.

Al principio, Margery declaró a Walter que sus queridas dalias eran «de circo», pero más tarde, cuando él se quedó sin fuerzas para dedicarse al jardín, ella siguió cultivándolas —aunque sentía un secreto alivio cada vez que alguna no lograba sobrevivir a un invierno guardada en el interior—. Tras la muerte de Walter, Margery dejó unas pocas variedades que crecían año tras año. Además de un relato sobre el jardín, este libro también cuenta la relación entre ambos, como bien indica su título.

Desde la muerte de Margery Fish en 1969, su jardín ha corrido distintas suertes, pero en los últimos años se ha restaurado y cuidado con gran empeño, y ahora está abierto al público a diario durante buena parte del año. El vivero en el que Margery diseminó tantas plantas diversas vuelve a florecer, y las variedades que descubrió y dio a conocer a tantos jardineros cada vez son más populares y accesibles. Su escritura evocadora y entusiasta, así como sus agudas observaciones sobre las plantas, han inspirado y siguen inspirando a muchos jardineros, y han contribuido a que nuestros jardines sean como son.

Graham Rice

2002

INTRODUCCIÓN

En 1937, cuando mi marido decidió que la guerra era inminente, nos dispusimos a comprar una casa en el campo. Todos nuestros amigos pensaron que elegiríamos una casa decente y rehabilitada, con un bello y ordenado jardín, todo listo para entrar a vivir. Cuando elegimos, en cambio, una casa destartalada y vieja que había que derribar para que fuera habitable y con una jungla en lugar de jardín, todos nos compadecieron. El jardín, en concreto, les producía una pena enorme: rehabilitar una casa podía llegar a ser divertido, pero ¿cómo iban dos londinenses a hacer un jardín a partir de un corral y montones de chatarra?

Nunca he lamentado nuestra temeridad. Por supuesto que cometimos errores, errores infinitos, pero al menos fueron nuestros, como nuestro era el jardín. Por muy imperfecto que sea el resultado, hacer un jardín conlleva una satisfacción que no se parece a nada más, lo mismo que saber que somos responsables de todas las piedras y las flores del lugar. Es muy agradable conocer cada una de las plantas que lo componen de forma íntima, puesto que nosotros mismos las hemos elegido y plantado. Con el paso del tiempo se convierten en verdaderas amigas y establecen vínculos muy bellos con las personas que las trajeron y los jardines de donde vinieron.

Walter y yo teníamos unas pocas cosas muy claras cuando empezamos a hacer el jardín. La primera, que debía ser tan modesto y humilde como la casa, un típico jardín de campo con caminos tortuosos y rincones inesperados. La segunda era que debía ser fácil de mantener. Cuando compramos la casa, vivíamos en Londres, y pasamos los dos primeros años a caballo entre Londres y Somerset, de manera que el jardín tenía que arreglárselas

por sí solo la mayor parte del tiempo. Nosotros lo diseñamos con la idea de cuidarlo sin ninguna clase de asistencia, y aunque en algunos momentos sí dispusimos de ayuda regular, esta era breve e incierta, y siempre supimos que pronto volveríamos a la situación de la mayoría de gente hoy en día, esto es, a disponer de mano de obra solo ocasional e improvisada.

Desde que murió Walter, he tenido que simplificar aún más las tareas, pues solo puedo dedicarme al jardín en las escasas horas que me quedan de una vida bastante ajetreada. Él me hizo darme cuenta de que el propósito de todos los jardineros pasa por construir un jardín que siempre luzca presentable, no un jardín como el de Ruth Draper,¹ que había estado en su esplendor o iba a estarlo muy pronto, pero nunca lo estaba. Al igual que no pedimos disculpas por no decorar nuestra casa con regularidad, no veo por qué no sentimos lo mismo por nuestro jardín.

Otra cosa que Walter me enseñó fue a no depender de las flores para convertir el jardín en un lugar hermoso. Lo primero es conseguir una buena estructura de base, con un uso inteligente de las plantas perennes para que el jardín siempre esté bien ornado, sea la estación que sea. Las flores son un placer añadido, pero un buen jardín puede admirarse incluso en lo más crudo del invierno; en ningún momento debería dejar de resultar interesante y agradable. Para conseguirlo son necesarias grandes dosis de esfuerzo y reflexión, pero se trata de un propósito asequible.

¹ Alusión al monólogo *Showing the Garden* de la actriz Ruth Draper (1955), en el que encarna a una orgullosa mujer inglesa que enseña su jardín a una visita, la señora Gruffer. (N. de la T.)

La casa era baja y larga con forma de ele y construida con la piedra típica color miel de Somerset, compuesta por pizarra, limonita y arenisca. En algún momento debió de tener un techo de paja, pero, por desgracia, este se había remplazado tiempo atrás por uno de tejas rojas ya muy viejas. Estaba justo en el centro del pequeño pueblo de Somerset, en la esquina de una carretera secundaria que se desviaba de la calle principal. Solo contaba con una estrecha franja de jardín delante y otro poco detrás, pero compramos un huerto con varias dependencias adyacentes hasta reunir un terreno de casi una hectárea. Un alto muro de piedra nos resguardaba de la calle del pueblo, y en el terreno colindante había un cobertizo con otro huerto.

Es imposible hacer un jardín con prisas, sobre todo en una casa antigua. La casa y el jardín deben dar la impresión de haber crecido juntos, y la única manera de conseguirlo es vivir en la casa, hacernos a ella y sentirla como nuestra, y entonces, poco a poco, la idea del jardín irá tomando forma.

No empezamos a trabajar fuera hasta el año siguiente de instalarnos, cuando ya nos sentíamos arraigados en aquel lugar y teníamos algunas nociones de lo que queríamos hacer con él.

Visitamos la casa por primera vez en un cálido día de septiembre, pero esta mostraba un aspecto tan ruinoso que Walter se negó a traspasar la entrada, pese a la imponente chimenea que se veía al fondo. El largo tejado estaba remendado con trozos de chapa ondulada, el jardín delantero era una jungla de viejos laureles llenos de moho y el interior apestaba a creosota recién puesta para combatir la humedad y el olor a tumba de la

casa deshabitada. «Está podrida de moho —dijo Walter—. Ni regalada», y dio media vuelta.

Estuvimos tres meses intentando encontrar lo que queríamos. Visitamos cabañas y mansiones, adustas casas victorianas encaramadas en incómodas colinas y casas pequeñas y acogedoras enclavadas en valles olvidados. Algunas eran muy grandes y la mayoría muy pequeñas, algunas no tenían bastante jardín y otras tenían demasiado, algunas estaban muy aisladas y otras tan rodeadas de casas que la intimidad era imposible. Nos perdimos muchas veces y tuvimos amargas discusiones, pero acabamos descubriendo lo que no queríamos. No me imaginaba a Walter en una cabaña de cuatro habitaciones, con la cocina encajada en un extremo y el baño en otro, y tampoco estaba dispuesta a enterrarme en un caserón con varios sirvientes para poder mantenerlo.

En noviembre aún seguíamos buscando, y un día nuestro camino nos llevó muy cerca de la vieja casa que habíamos descartado en septiembre de manera tan abrupta. Así, doblamos por la carretera que indicaba «East Lambrook, dos kilómetros» solo para ver qué había sucedido en ese par de meses.

Lo cierto es que habían sucedido cosas importantes. El jardín delantero estaba limpio de laureles y la casa tenía mucho mejor aspecto. Las viejas tejas ocupaban el tejado, sin rastro de los remiendos de chapa ondulada, las paredes interiores se habían lavado con crema y la madera lucía una buena capa de barniz.

La casa, típica de Somerset, tenía un pasillo central con una puerta en cada extremo, lo cual le concedía un gran atractivo y buenas corrientes de aire. Ese día la contemplamos con una mirada estética. Ya era tarde y el sol empezaba a ponerse. A través de las dos puertas abiertas, vislumbramos un árbol y un fondo verde a contraluz.

Ese día arrastré a Walter más allá del pasillo y exploramos el antiguo horno, con la enorme chimenea en un rincón, las vigas bajas y el suelo embaldosado, y un alegre saloncito contiguo. Al otro lado había una amplia habitación, también con suelo de piedra y una chimenea aún más grande, y al fondo una preciosa estancia con las paredes forradas de madera. Ambos supimos que la búsqueda había acabado: estábamos en casa.

No recuerdo lo que pasó después, pero nunca olvidaré el día en que el inspector vino a hacer el informe de la casa. Era uno de esos días horribles de principios del invierno, con frío y lluvia que cala hasta los huesos. La casa estaba helada y oscura y el olor a humedad sepulcral había vuelto, pese a las recientes manos de pintura a la cola. El pobre inspector acababa de perder a su mujer y estaba tan deprimido —cosa muy natural— como el día. Nunca olvidaré la indignación de Walter cuando nos llegó el informe. La casa, aunque estaba en buen estado y disponía de una ventilación adecuada, se calificaba de lugar «sin personalidad». Nosotros estábamos convencidos de que, si algo tenía, era precisamente eso. Quizá fuera un poco siniestra, pero sin duda no le faltaba personalidad. Desde entonces, he descubierto que la casa es de naturaleza amable, pues nunca entro en ella sin sentirme bienvenida.

Así, una vez adquirida, tuvimos que entregarla de nuevo para que fuera habitable. Estuvo en manos de los albañiles durante muchos meses, y lo único que se nos permitía era una apresurada visita de vez en cuando para supervisar las obras, durante la que apartábamos la vista del jardín ruinoso y abandonado. A veces yo me escapaba de las conversaciones en que nos consultaban esto y lo otro y, durante unos instantes, mientras me dejaban, me ponía a arrancar la hierba cana con frenesí. Walter

nunca quiso quedarse ni un momento más de lo requerido, y yo salía preocupada por los tallos de hierba que florecerían en mitad de aquel pródigo abandono. Mis breves y arrebatados esfuerzos apenas causaban impresión en aquella tierra salvaje, pero me hacían sentir un poco mejor.

Ya era bien entrado el verano cuando pudimos instalarnos en la casa, y aún tuvo que pasar un tiempo hasta que empezamos a salir de verdad al jardín. Pasamos muchos días limpiando y despejando, aprovechando cualquier momento para abrirnos camino entre la maraña de zarzas, laureles y saúcos, sin dejar de cavilar sobre lo que podríamos hacer con aquel trozo de tierra. Ambos sabíamos que había que abordarlo en su conjunto, a partir de un diseño definido para todo el jardín, y tuvimos la suerte de tener muchísimo que hacer mientras las ideas ardían y hervían a fuego lento en nuestro interior.